

XXIII

De la más ruidosa y desagradable trapisonada
que en mi vida ví.

I

¡Qué mal concluyó para mí aquel condenado mes de Marzo! Todos los días que siguieron al de mi santo fueron aciagos. Ya era un disgusto con Villalonga; ya que se me perdía un billete de Banco en el Bolsín; ya que me machacaba un dedo en una puerta ó se me volcaba la botella de tinta sobre la mesa. Añadid á esto que se me despidió la cocinera; que se me desalquilieron dos pisos; que el inquilino del tercero de la derecha por poco me pega fuego á la casa; que la hija del portero cayó mala con viruelas; que *Partiendo del Principio* me dijo que yo no sabía de la misa la media; que cogí un fuerte constipado; que el espadista Raimundo halló

medio de sacarme dinero; que la liquidación de fin de Marzo no fué muy buena para mí, y comprendereis que yo tenía razón para quejarme de la Providencia y poner el grito en el Cielo. Pero aún falta lo mejor, es decir, lo peor, y vais á saberlo: ni mi liquidación ni aquellas otras contrariedades me afectaron tanto como el golpe que recibí el 1.º de Abril. La casa *Hijos de Nefas*, de que yo era socio comanditario, había suspendido sus pagos. Los negocios de Jerez iban de mal en peor; la crisis se agravaba, y tener dinero allí principiaba á ser peligroso. De la quiebra de los Nefas esperaba yo salvar algo; mas me inquietaba el no haber cobrado aún el trimestre vencido de mis arrendamientos. En fin, que aquello se ponía feo.

Viendo caer sobre mí tantos males, uno tras otro sin darme respiro, me decía: "por fuerza tiene que caerme ahora algún bien muy grande." Y recordando la preciosa sentencia *sperate miseri, cavete felices*, añadía: "Si será que ahora me va á querer Camila...! Porque con tal resarcimiento, ya daba yo por buenas todas las calamidades de fin de Marzo. Habíame vuelto muy supersticioso, creía en las compensaciones, en el ten con ten de los sucesos para formar este equilibrio que llamamos vida, y ved aquí como se me metió en la cabeza que Camila me iba á pagar al fin el grande amor, ó mejor dicho, la demencia que yo sentía por ella.

Durante los días de Semana Santa, me entretuve, no sabiendo qué hacer, en continuar las Memorias principiadas en San Sebastián. Como desde el verano no había puesto la mano en ellas, costóme algún trabajo coger la hebra del relato y avivar los fuegos interiores, que llamo inspiración por no saber qué nombre darles, y sin los cuales fuegos no es posible llevar adelante ningún trabajo literario, aunque en él, como sucede aquí, no tenga parte la invención. Tan buena traza me di que en cuatro ó cinco noches y otras tantas mañanas despaché todo lo de la temporada en la capital de Guipúzcoa, mis trabajos bursátiles en Madrid, la pintura de las cosas y personas que observé en casa de María Juana, las filosofías de ésta, y por último, la enfermedad de Eloisa. Aquí di punto, esperando los nuevos sucesos para calcarlos en el papel en cuanto ellos salieran de las nieblas del tiempo.

Poco ó nada adelanté con Camila en aquellos santos días, porque á ella le dió por ir mucho á las iglesias y asistir al Miserere de la Capilla Real, visitar todos los sagrarios y andar las estaciones. Ella y su marido se pusieron de tiros largos, y no quedó monumento que no vieran. El viernes, de vuelta de aquellas correrías, estuvieron en casa, y la exploré por ver si se le había desarrollado la manía religiosa, para, en caso afirmativo, volverme yo beato también. Pero no; sus ideas no habían variado, y aun me

pareció hallarla más librepensadora que antes. Tomaban ambos aquello como distracción gratuita, ó como un medio de lucir los trapitos de cristianar.

“¿Estás escribiendo tus Memorias?—me dijo viendo las cuartillas sobre la mesa.—Estarán buenas. Habrá ahí mucha papa... ¿Y di, me sacas á mí? ¿sacas á Constantino? Entonces ¡qué gusto! nos haremos célebres. Y á propósito, me vas á hacer el favor de prestarme algunos libros. Nosotros no tenemos dinero para comprarlos. Mi marido, cuando nos casamos, no llevó á casa más que el *Bertoldo*, el *Arte de Torear* de *Francisco Montes*, las *Mil y una barbaridades*, dos ó tres libros de su carrera, *El Mago de los salones* y los *Oráculos de Napoleón*; en fin, cuatro porquerías. El otro día se los vendí todos á un prendero por cinco reales...

Díjeme que mi biblioteca, escasa y desordenada, pero superior á la de todos los españoles ricos, estaba á su disposición. Contestóme que no quería los libros para leerlos ella, pues no tenía tiempo de ocuparse en boberías, sino para que Constantino se entretuviera en sus ratos de ocio, que eran los más del año. Así se iría poco á poco desasnando y aprendiendo cosas, y no diría tantos disparates en la conversación. Miré, recorriendo con vivo interés los rótulos de mi estante, demostraba sentir en su alma un gran apetito literario. ¡Qué bien le venía dar-

se un verde! Su ignorancia era rasa. "Mi hombre—dijo Camila mirando la librería,—está más limpio que yo. Figúrate que soy una sabia á su lado. Ayer me disputaba que la Australia es una isla del Asia. ¿No es verdad que está en la Oceanía, y que no es isla sino continente, donde hay mucho salvaje? Y decía que Federico el Grande era Emperador y que lo llamaban Barbarroja, y que se debe decir *carnecería* y no *carnicería*... En fin, préstanos libros, y yo te respondo de que se le pegará algo, pues aunque tenga que abrirle algún agujero en la cabeza, él ha de aprender ó no soy quien soy. No quiero más burros en mi casa. Á ver, querido Cacaseño, echa un vistazo á estos letreros y escoge lo que mejor suene en tus orejas para que te civilices... ¿Qué es esto? *Muller... Historia Universal*. Hala! te conviene. Á ver si te lo tragas todo. *Chaskepire*... ¡inglés! Nos estorba lo negro, chico, y aunque estuviéramos en castellano, estos son muchas mieles para tu boca... Sigue mirando. No, no me cojas un verso porque te divido. Prosa, hijito, prosas claras que enseñen lo que se debe saber. Historia, y alguna novela para que me la leas á mí de noche. ¿Qué es esto? *Lifè of*... Esto es cosa de la *jilife*. Déjalo ahí. No va con nosotros. *Don Quijote*... Hala! tu paisano; llévalo. ¿Y esto? *Padre Rivadeneyra*... Esto de padre me huele á religión... No te metas con eso. *La Revolución francesa*... Cógelo, cógelo...

Constantino apartó muchas obras. Después cayó su esposa en la cuenta de que en vez de llevarse un quintal de papel, era mejor que fuesen tomando los libros conforme los necesitaban. "¡Hala! carga con el *Muller*, y vete subiendo, jarre!—dijo á su marido, que obedeció. Quedóse ella detrás, y cuando el otro estaba ya en la escalera, volvióse hacia mí y me dijo con secreto:

"No quería hablarte de esto delante de mi cara mitad; pero en dos palabras, ahora que él no nos oye...

—¿Qué?—preguntéle con afán.

—Que me vas á dar toda la ropa que deseches. Yo veo que tú te haces muchos trajes muy buenos y que sólo te los pones un mes. Es un despilfaro. Yo aprovecharé para mi pobre Bertoldo lo que me quieras dar. Es una lástima que lo des todo á tus criados.

—Pero mujer, es humillarle...

—Déjate de monsergas... Me das unos pantaloncitos, ó dos, ó tres, y yo se los arreglo á él... lo mismo te digo de algún chaqué ó americana.

—Me parece que...

—El no chista si yo se lo dispongo así. ¡Que es humillante...! Ríete de tonterías. Lo que yo quiero es no gastar dinero.

Pensé decirle que se encargara, por cuenta mía, toda la ropa nueva que quisiese; pero esto no habria pasado seguramente. Despedila en la

puerta, y subiendo á escape la escalera, me saludó desde el segundo tramo con un gesto y una cabezada. No cerré mi puerta hasta que no sentí el golpe de la suya, cerrándose tras ella.

II

En Abril se me recrudeció de un modo espantoso aquel desatinado cariño que le puse á mi borriquita, y me dejé dominar y vencer de mi desvario hasta llegar á un punto cercano á la imbecilidad. Ya no había fuerzas de la razón ni de la voluntad que me contuvieran. El no poseer lo que con tanto ardor deseaba poníame como tonto y en situación de hacer verdaderas sandeces. Mi amor propio, herido también, se daba á los demonios. Mi saber de negocios se oscureció, y el gusto de ganar dinero quedó reducido á muy secundario lugar. Desde que abría los ojos hasta que los cerraba, aquella maldita hembra salvaje, feliz, burlona y siempre incomprendible para mi ceguera intelectual, no se me apartaba del pensamiento. Iba conmigo al Bolsín y á la Bolsa y la veía en las figuras estampadas en talla dulce sobre el sobado papel de los billetes de Banco; y formaba parte de mí mismo, como un instinto, cual una idea innata que no se puede desechar. ¡Ay qué borriquita aquella! ¿Qué le había dado Dios para enamorarme así, con delirio y afanes de muerte? ¿Sería simple-

mente la falta de éxito lo que me arrebatava? ¿Se me quitaría aquel vértigo si viera satisfechos mis insensatas ansias?

Últimamente no hacía yo extremos delante de ella, porque solía enfadarse y ya tenía morros para muchos días. Díjome seriamente una vez que si continuaba con mis tonterías de la *edad del pavo*, se mudaría de casa, se marcharía de Madrid en caso necesario, pues no le era posible aguantarme más. Tuve que recoger vela, mucha vela, no menudear tanto mis visitas, y éstas acortarlas todo lo que me era posible. Hallábame en su presencia algo cohibido, no sabiendo á veces qué decirle, pues de no vaciar lo que dentro tenía, mi estupidez era absoluta. ¿Hablar? ¿y de qué? Yo no sabía hablarle más que de una cosa, y esto me estaba vedado. Por lo cual valíame de mil subterfugios para decirle siempre lo mismo aparentando decirle otra cosa. ¡Maldita pasión aquella que no tenía ni el consuelo de ser sincera!

Á solas me despachaba yo á mi gusto, caldeando el horno de mi pensamiento y haciendo vivir allí mi ilusión como si la incubara. Y tenía particular gusto en suponer siempre á Camila refractaria á mis sugerencias de amor ilícito. Mi fantasía me arreglaba las cosas de otra manera más gallarda. Ved aquí cómo. La borriquita no quería por ningún caso *adulterizarse*, como graciosamente había dicho á su hermana.

Pero Constantino se moría, y muerto el obstáculo, casábame yo con ella y vivíamos en paz y en gracia de Dios. De este modo venía á mí con el prestigio inmenso de una gran virtud, y yo me relamía de gusto pensando en la dicha de hacer pareja y familia con aquella encarnación de la alegría humana, con aquella siempre pura, picante y sabrosísima sal de la vida. Por este camino íbame siempre más contento y encandilado que por ningún otro de los que la imaginación me mostraba. ¡Sí, Camila viuda, Camila mi mujer, por la ley, por la Iglesia, con la mar de bendiciones sobre nuestras cabezas! Este era mi ardiente anhelo. Si al fin Dios me concedía tanta ventura, hallábame dispuesto á ser el hombre más religioso del mundo y á darme todos los golpes de pecho que fueran compatibles con la solidez de mi caja torácica.

Las consecuencias de este delirio no tardaban en sacarse por sí mismas, y se me aguaba la boca pensando en que de Camila y de mí había de nacer aquella serie de héroes por orden alfabético sin parar lo menos hasta la N. Tendríamos á Belisario, después á César, Dario, Epaminondas... hasta el mismísimo Napoleón. Pero ¡qué demonio! Hé aquí que una contrariedad grave surgía inesperadamente. Y si eran hembras, ¿qué nombres de heroínas les pondríamos? En fin, todo se arreglaría. Lo que importaba era que ella fuese mi mujer, y verla á mi lado para

siempre, amándome con aquella constancia incomparable con que amaba á su burro. Y entonces yo me estaría á su lado todo el santo día, reiríamos, jugaríamos, constantemente ocupados en los dulces quehaceres domésticos, y encaminando y dirigiendo la heroica y alfabética prole.

Fijóseme entonces la idea de que todos los males nerviosos, fueran ó no provenientes de la diátesis de familia, se me quitarían cuando me casara con ella. No más ruido de oídos, no más debilidad anémica. Mi mujer me infundiría su potente salud y hasta su hermosísimo apetito. Lo llamo así, porque una de las cosas, podeis creerlo, que más me encantaban en ella, era sus envidiables ganas de comer. No sé si los idealistas dirán, como ella, que esto es *papa*; pero tómelo como quieran. El apetito de Camila, rayano en la voracidad, (si bien comía siempre con compostura y buenos modos) era para mí uno de sus principales hechizos. Lo he dicho antes y lo repito ahora para que nadie lo dude. Aquel buen diente me entusiasmaba; era algo tan resplandeciente en el orden físico como su conciencia en el orden moral; era el contrapeso de la misma conciencia, fenómeno que, armonizado con la paz interior, establecía en aquel privilegiado sér un hermoso y fecundo equilibrio.

Pues todos estos sueños míos venían á tierra en cuanto caía en la cuenta de que Miquis no se

moría ni llevaba camino de eso. Si estaba hecho un acebuche y no padecía la más ligera dolencia!... ¡Qué chasco me llevé un día! Subí, y la misma Camila me abrió la puerta. "No hagas ruido—me dijo,— que hoy no he dejado levantar á Constantino, porque ha pasado mala noche. Debe de ser un pasmo. Estuvo inquieto y con una puntadita en el costado que me alarmó.

—¿Qué me cuentas, hija, qué me cuentas?

—Pienso que le pasará. Le he dado mucha flor de malva, y he mandado llamar á Augusto.

Pensé que de aquel modo suelen empezar algunas pulmonías graves, de esas que despachan en tres días al hombre más robusto. "Si será, si será al fin..." ¡Ira de Dios! Al día siguiente estaba el manchego como si tal cosa, comiendo como un animal y rebosando vida.

No he vuelto á decir nada de aquel proyecto suyo de servir en un escuadrón de reserva. Como mi prima me dijo que ella también se iría á Burgos cosida á los faldones de su esposo, resolví no pedir el destino; pero deseando colocarle, solicité una plaza en la Dirección de Caballería, y entre el Ministro, que quería servirme, y Morla, que lo tomó como cosa suya, la cosa se hizo á principios de Abril. Marido y mujer me estaban muy agradecidos, y yo muy esperanzado con la seguridad de que mi hombre se pasaría en el Ministerio la mayor parte del día. Temí que en vista de su inutilidad le pu-

sieran en la calle; mas no fué así. Él era naturalmente torpe; pero se aplicaba, ponía sus cinco sentidos en el trabajo y concluía por vencer su rudeza. Cuando estaba en casa, su mujer le ponía los libros en la mano, le mandaba leer y estudiar, tratándole como una madre vigilante y cariñosa trataría á un niño que está en vísperas de exámenes. "Cacaseno, lee; mira que no has de ser un podenco toda la vida. Es preciso saber algo, aunque no mucho, porque si fueras sabio, hijo, me apearías.

—Pues te respondo de que no lo seré—solía él contestarle.—Estate tranquila.

Por el general Morla, que á petición mía tomó informes en la Dirección, supe, ¡oh sorpresa! que estaban contentos con él. Dejéme esto turulato. El chico era trabajador, aplicadillo, y no tan torpe como yo creía. Su propia conversación revelábame á veces no sé qué progresos de cultura. Ya no decía tantísimo disparate; ya había aprendido á callarse cuando ignoraba una cosa, lo que no es mal principio de sabiduría, y aun de vez en cuando se atrevía á manifestar, poniéndose muy colorado, opiniones que encerraban, no diré que talento, pero sí buen sentido y una apreciación clara de las cosas.

"Hija, tu borrico se va volviendo una lumbrera—decía yo á Camila.

Y ella reventando de vanidad, callaba.

"Constantino es un chico que vale. Durante

algún tiempo su mérito ha estado oscurecido por falta de pulimento. En manos de una mujer de inteligencia, ese muchacho sería otra cosa.

Esto lo decía (habreislo comprendido), la pomposa María Juana con cierto aplomo pedantesco y doctrinal. Aquel día había ido á ver á su hermana. La costumbre de esas visitas era reciente en ella, pues antes se pasaban meses sin que asomara las narices por allí. No una vez sola sino dos ó tres expuso el generoso movíl que la guiaba al personarse en la humilde vivienda de su hermana menor, el cual no era otro que enseñar á ésta algo de lo mucho que no sabía, infundiéndole ideas de orden y gobierno. “¿Pues sabes—le dijo Camila con buena sombra,—que si hubiera estado esperando por tí para aprender á gobernar mi casa, ya estaría fresca?,”

No dándose por vencida, María Juana afirmó que aunque su hermanita había aprendido bastantes cosas por sí, aún le faltaba mucho que saber. No era esto simple jarabe de pico, pues la sabia solía enviar en aquellos días, cuando no los traía ella misma, regalos de poca importancia, pero muy de agradecer. Á veces era un cacharrito para adornar la consola, piezas sueltas de ropa blanca y mantelería, cuchillos y tenedores, una cortina que á ella no le servía, una lámpara que le sobraba.

“Estoy asombrada—me dijo Camila,—de ver cómo se corre mi señora hermana.

Y casi nunca dejaba la ilustre señora de Medina de hacer escala en mi casa, al entrar en la de su hermana ó al salir de ella. Siempre estaba de prisa, y todavía no se había sentado, cuando ya se quería marchar ó al menos manifestaba intenciones de ello. ¡Y qué interés demostraba por mí! “Tú estás malo; á tí te pasa algo muy grave. Si no tienes absoluta franqueza conmigo, no podré acudir en tu socorro.” Y mirándome con ojos dulces, no se hartaba de incitarme á la confianza. Quería una confesión total de mis belenes y aventuras; ansiaba saber hasta lo que nunca se dice, y érame forzoso obsequiarla con algunas mentiras para que me dejase en paz. Un día su vivo afecto resplandeció más desinteresado que nunca, llegando á decirme, no sin emplear bonitas circumlocuciones y perifrasis, que yo estaba en el caso de que se me aplicara el benéfico tratamiento que Madama Warens empleó con el pobre Juan Jacobo para apartarle del vicio. “¿Y quién es capaz de comprobar—añadió,—el inmenso sacrificio que esto entrañaba para la bondadosa Madama Warens? Nadie. Ni el mismo Rousseau juzga á aquella excelente señora con la benevolencia que se merece. ¡Qué difícil es penetrar el movíl de las acciones humanas! Ni las que parecen buenas ni las que parecen malas se pueden justipreciar por lo que resulta. Si la conciencia tuviera una cara suya, exclusivamente suya, veríamos cosas

muy singulares. ¡Cuántos que pasan por grandes delincuentes ó por mónstruos de egoísmo serían vistos de otra manera!

Otras veces su tono era muy distinto, tirando á lacrimoso y pesimista. "No debo hacerme la ilusión de que pueda existir en el fondo de mi alma algo que me disculpe; ni menos dar á este algo un saborete de idealismo humanitario para que pase mejor. No pasa; es moneda falsa y la sueñan y miran allá arriba, y me la tiran á la cara diciendo: *¡señora, usted es una!*... Me desprecio yo misma; tengo ratos de secreta tribulación y hasta me parece que soy peor que Eloisa, que es cuanto hay que decir.", Contestábale yo con frases tan rebuscadas como las suyas, que de antemano preparaba, disimulando con palabrotas y epifonemas de las de repertorio el arrepentimiento que, al poco tiempo de haberme metido en tal fregado, empezaba á sentir. Porque hay cargas que se hacen más ligeras cada día, y otras que empiezan livianas y son al poco tiempo insoportables. En cierto terreno, las filosofías, el discretismo y la tendencia á sacar las cosas de quicio son lluvia importuna que ahoga la ilusión sin lavar el pecado. Y declaro ingénuamente que sobre todas las cosas que inquietaban mi espíritu en aquellos días, vino á molestarme y aburrirme la tenaz idea de hallar un modo habil y delicado de romper lazos que me eran odiosos apenas establecidos.

dos. ¡Buena tenía yo la cabeza para sacar virtudes de amor filantrópico y de psicologías enrevesadas que ni el Verbo las entendía! Ni qué otra cosa sino mareos podía producirme aquello de amarme por salvarme, y el sacrificio del honor pequeño al honor grande. A más de esto, aquellos en mal hora nacidos tratos se desvirtuaban á sí mismos por el sin número de precauciones, llevadas á un extremo ridículo, que inventaba mi prima como para expresar en forma práctica y visible sus escrúpulos de conciencia. Exageraba los peligros y aun parecía que los buscaba; creíase perseguida por fantasmas, y hablaba de sus terrores con cierta afectación dramática. ¡Y vuelta á insistir en lo de que su conciencia valía más que sus actos, en que quizás llevaba en su espíritu gérmenes de redención!

Para remate de todo este jaleo, hacía paralelos entre su marido y yo. ¡Ah! Por más que la personalidad física me diera á primera vista alguna ventaja, el otro valía más. ¡Qué diferencia entre el sér moral de uno y otro! Aquel sí que era hombre. Ella no le merecía. ¿Qué le había de merecer? Pero ya que no otra cosa, elevábase en cierto modo hasta muy cerca de él por la admiración que le inspiraba. Por fin, este sacro respeto sería la medicina que debía volver la perdida salud á su conciencia. ¡Y que yo no entendiera una palabra de estas cosas tan sabias!

Declaraba, eso sí, con la mayor humildad, que me reconocía muy inferior moralmente al Sr. de Medina, y el secreto y maligno gozo de haberle jugado tan bonitamente la mala pasada no excluía la sinceridad de aquella declaración. "Me alegro que lo conozcas—decía ella.—Eso prueba que tu entendimiento no se ha extraviado. Esto pasará pronto, tiene que pasar. Ha sido uno de esos desvaríos que nacen de una buena intención, y son como una línea recta que se tuerce por querer ser demasiado recta. (El demonio me lleve si lo entendía yo). Desaparecerá seguramente este repliegue de nuestra vida sin dejar señal, y entonces haz por querer y reverenciar á Medina; ponle cariño, péntrate de su mérito colosal, tómale por modelo si puedes, constitúyete en su imitador hasta donde alcancen tus débiles fuerzas. Yo te alentaré, no te dejaré de la mano. Feliz tú si consigues asimilarte aquellas virtudes...!" Y por aquí seguía. No me fiara yo de ciertas ventajas personales, que en rigor para nada valen. ¿Qué significan las prendas físicas? Absolutamente nada, pues son cosa que se deslustra y pierde con el tiempo. Lo que importa es la belleza del alma, ¡oh el alma!... ¡Pues no faltaba más sino que un buen palmito...! En fin, señores, que aquella sabia me tenía frita la sangre. Aquello no era vivir ni Cristo que lo fundó.

III

Todos los días veía á Medina en la Bolsa, paseándose de largo á largo, ó arrimado al grupo de Ortueta, Barragán y otros. Hallábale ya más complaciente conmigo, dándome lugar á suponer desvanecidas ciertas prevenciones que contra mí nacieron en su alma. Como yo iba poco por su casa, siempre teníamos algo que hablar. "Me ha dicho mi mujer que poco á poco va metiendo en cintura á la pobre Camila y enseñándola á ser mujer de gobierno. Trabajo le costará; pero como se le ponga en la cabeza... Ya, ya sé que ha colocado usted á Constantino en Guerra. Yo siempre lo he dicho: no es tan zoquete como han dado todos en creer... Pero vamos á lo que importa. ¿Toma usted á noventa y cinco, fin de mes?

Mis negociaciones de aquellos días, y no fueron pocas, hícelas con cierto aturdimiento, jugando por rutina ó por querencia del oficio, muchas veces sin darme cuenta clara de la operación. Y es que mi chifladura por una parte, y por otra mi gran debilidad física, pusiéronme en un estado tal que sólo me faltaba hacer eses, andando por la calle, para parecerme á los borrachos. Por lo demás, el mismo entumecimiento cerebral, la misma oscuridad en las ideas, y sobre todo esto, una apatía y una desgana que

me abrumaban. Cansado del bullicio del local y de su pesada atmósfera, ibame al rincón á hacer compañía al pobre Trujillo ó á que me la hiciera él á mí. Hablábamos algo de negocios, aunque sin saber cómo salía á relucir la conversación de mujeres. Él no ponía en sus labios el nombre de Eloisa sin acompañarlo de grandes encomios y de acaloradas expresiones de desconsuelo. Indudablemente no era una santa, pero ¡qué ideal mujer! Gozaba mucho visitándola, y departiendo un rato con ella, oyéndola no más, *viéndole* el metal de voz, como decía el infeliz. La contemplaba en su interior tal como había sido en mis tiempos, y no podía hacerse cargo de la desfiguración de su rostro. Para consolarle, díjele que Eloisa había recobrado por completo su hermosura, y era la misma de siempre. Arrojava él entonces un suspiro muy grande á la atmósfera turbia y humosa del local, y parpadeaba mucho, como si quisieran sus ojos romper la niebla que los envolvía.

Á la otra tarde hablamos de lo mismo; pero me dijo una cosa que me puso en áscuas y me llenó de confusión. “Ya sé—murmuró Trujillo, aplicando sus labios á mi oído—que se ha enredado usted con Camila. Debe de ser cosa antigua; pero hasta hace pocos días no ha salido en la Gaceta. Ya sabe usted que la Gaceta es la boca de la de San Salomó.”

Faltóme tiempo para negar aquello, que era

una falsedad calumniosa. ¡Demasiado lo sabía yo! Mi corazón podría echarse fuera y publicar á chorros de sangre la inocencia de la pobre Camila. Por más que hice, no pude convencer á Trujillo. Creo que si llega á tener vista, me conoce en la cara que decía la verdad; con tanta fé, con tanto calor me expresaba yo. “Puesto que usted no lo quiere confesar—me dijo,—volvamos la hoja.”

Mas yo no la quise volver, y otra vez hice el panegírico de la pobre calumniada, de aquella virtud que yo quería que no lo fuese en el momento mismo de tomar tan á pechos su defensa. ¡Sabe Dios que me hubiera sido muy grato mentir en tal ocasión! Tuve un rasgo de maldad, de esos que nacen del amor propio ó de la miseria que llevamos dentro, como por fuera nuestra sombra, y eché á perder aquel ardiente elogio de la calumniada, diciendo esta gran tontería: “Créame usted, Manolo, mi prima Camila es una virtud intachable. Puede que no lo sea mañana, pero hoy por hoy lo es.”

Y él, incrédulo siempre. ¿Es que aquella opinión era de las cosas que se caen de su peso? ¡Triste cargo de conciencia, sin comerlo ni beberlo, como se suele decir! Tal golpe me faltaba para llevarme al último grado de la confusión y del trastorno físico y moral. Con verdadero terror hallé en mi estado no sé qué semejanza con el de Raimundo en sus días de crisis. El fu-

ror imaginativo era síntoma de mi desorden como del suyo, porque últimamente dí en la flor de forjar historias como las de él, y aún más extravagantes y pueriles todavía. Causame cierta vergüenza el tener que confesarme del pecado infantil de suponer lances que jamás pasan en la vida, y que ni aun en la literatura se ven ya, como no sea en romances de ciego, en aleluyas ó en algún inocente libraco de los que leen las porteras en sus ratos de ocio. Figurábame ser príncipe disfrazado que salvaba á una joven desconocida. La joven me tomaba por pastor, y yo me volvía loco de amores por ella. Otras veces era ella mi salvadora asistiéndome en una grave enfermedad, y adios disfraces y tapujos... Cuando la chica descubría que yo era príncipe, se le caían las alas del corazón pensando que no me había de casar con ella. Mucho lloro, pataleo y sofoquinas. Yo le guardaba la gran sorpresa para el final; y cuando se enteraba la pobre de que habría casorio, me quería comer á besos. Excuso decir que la tal soñada mujer mía era Camila. Y tras esta historia, la misma empezada por segunda y tercera vez, ó bien otra nueva tan tonta, ridícula y disparatada como la anterior.

No puedo comparar mi espíritu sino á una cuerda muy estirada y vibrante que al menor choque ó rozamiento respondía con ecos intensos, ó bien con un son repentino que hacía sal-

tar mi sér todo cual si estuviera montado sobre muelles. Para producir estas vibraciones en mí no eran necesarias causas mayores. Cualquier incidente sin importancia, la vista de un objeto que no tenía maldita relación con mi estado, un libro, una estampa, un árbol, el semblante de cualquier transeunte, el oír una frase dicha al lado mío, heríanme y pulsábanme haciéndome sonar. Era una sacudida que me producía brevísimo raptó de júbilo, y en seguida sensación de tristeza, hartó más larga y de variable intensidad, según los casos.

No me hice cargo de mi semejanza con Raimundo hasta un día que me tropecé con él en la calle de Alcalá, y me dijo, paseando juntos: "Anoche me acosté pensando que me había casado... mujer ideal, cosa rica... Imaginar un día de bodas con todos sus incidentes es cosa que le doy yo á cualquiera... Pues nada, que me lo creí. No pienses; todo era un delirar casto y platónico, la cosa más ideal que puedes figurarte. El relieve que las cosas tomaban en mi mente era tal, que llegué á coger miedo y encendí la luz. Porque en la oscuridad veía yo á mi novia como te estoy viendo ahora á tí. Era una criatura tan sumamente superfirolítica y angelical, que la idea sólo de poner las manos en ella me parecía una profanación."

¡Y yo que imaginaba algo semejante! "Dí—le pregunté,—¿cómo estás del reblandecimiento?"